

Núm. 9

Precio: 20 cént.

Tierra y Libertad

REDACCION Y ADMINISTRACION
Unión, 7 - Teléf. 23658
BARCELONA

EL EJERCITO Y EL ORDEN PUBLICO

Estamos ante acontecimientos que nos plantean la necesidad de obrar con la mayor atención. Por imperativo de factores diversos que entran en la vida políticomilitar de la España antifascista, se han debido modificar en su estructuración las fuerzas armadas y las de orden público.

Contamos ya con un Ejército popular, en el que combaten con ardor admirable los bravos milicianos que salvaron a España de la barbarie fascista y que se batan para derrotar definitivamente al enemigo.

Contamos ahora, desde hace pocos días, con un decreto sobre Cuerpo único de seguridad, aceptado por las organizaciones representadas en el Consejo de la Generalidad, aunque la C. N. T. ha propuesto suprimir el apartado del decreto que prohíbe la afiliación política o sindical a sus miembros.

Paralelamente a estos cambios, se ha hecho abuso de un lenguaje que responde a propósitos políticos, a una campaña solapada que pretende desplazar a las organizaciones obreras revolucionarias de la activa intervención en todo cuanto interesa al proletariado.

Del ejército se pretende hacer algo amorfo, neutro, "apolítico", instrumento ciego del gobierno, sin el calor revolucionario que debe primar en cuanto signifique una fuerza defensiva de la Revolución. Y esto, además de ser absolutamente contrarrevolucionario, está reñido con la realidad misma que representan las milicias combatientes.

Nuestro Ejército nada tiene que ver—salvo en los aspectos técnicos y tácticos aplicables en las guerras modernas—con los ejércitos capitalistas, con la carne de cañón disciplinada y acorazada que han puesto siempre en acción de guerra los amos del mundo. Nuestro ejército, el de la lucha antifascista, responde a una necesidad histórica especial, en que se está decidiendo la suerte de la Revolución proletaria. Y es absurdo suponer que un ejército sin definición revolucionaria, pueda cumplir la empresa gigantesca que están realizando nuestros milicianos en todos los frentes.

La cuestión es categórica. El Ejército es necesario para luchar contra el fascismo. Y como esta lucha sirve a objetivos revolucionarios, como en ella están en primer término las fuerzas del proletariado, el control y la orientación deben venir de los organismos básicos de los trabajadores. Solamente así será imposible cualquier retroceso o cualquier intento de escamoteo de la Revolución. Están hablando en vano los que quieren fomentar un espíritu militarista en las multitudes para poder después, cuando se les ocurra a quienes no dejan de soñar con aventuras dictatoriales o restauraciones de la democracia burguesa, volver esas fuerzas contra el pueblo, implantando el clásico puño de hierro de una dictadura de cualquier color.

Nuestras fuerzas armadas se deben a la causa que defiende el pueblo. ¡Ay de quienes intenten desviarlas hacia los viejos cauces de un militarismo despótico, que incubó todas las grandes tragedias humanas y dió a luz la bárbara sublevación de los Franco y compañía!

Todo el orden revolucionario debe ser estimulado en las avanzadas. Para ello, el ejército revolucionario contará con el aliciente y el control de las organizaciones sindicales. Los hombres que luchan son conscientes de su responsabilidad ante la historia. Saben que pelean por la libertad del mundo. Dan la vida para que los trabajadores afiancen sus conquistas revolucionarias y alcancen, después de la victoria, su emancipación definitiva.

Con estos objetivos, con estos hombres, es de vital importancia un estricto cumplimiento de la misión que al Ejército popular le está encomendada.

Es el Ejército de la Revolución proletaria. La F. A. I. y la C. N. T., bajo cuyas banderas luchan millares y millares de camaradas, han afirmado rotundamente que para ganar la guerra, para enfrentarse al enemigo disciplinado y pestrachado, en esta lucha terrible en que se aplican todos los recursos de la guerra moderna; se indispensable lo que no ha hecho, en cuanto a la militarización de nuestras fuerzas. Pero esto no implica de ningún modo la renuncia a un control directo de los organismos antifascistas en la vida y en la marcha de este instrumento de la Revolución.

En lo que atañe a las fuerzas de Orden público, a nuestro juicio, el decreto que crea el cuerpo único de Seguridad Interior, siendo a asentar un elemento de carácter estatal, en el que la Revolución proletaria no pueda tener la absoluta confianza que nosotros pusimos en las Patrullas de Control surgidas en la nueva etapa que siguió el 19 de julio, y en quienes el proletariado tenía una garantía sólida y eficaz en la vigilancia de la retaguardia. Porque eran obreros revolucionarios dedicados a la defensa de la Revolución.

Hay numerosos puntos del decreto que se prestan a críticas serias y que pueden significar, si no son enmendados, por lo menos, las disposiciones sobre afiliación, mandos y organismos de defensa municipales, un peligro para las conquistas del proletariado.

Para nosotros la solución estaba en dar más y más calor y base a las fuerzas auténticas surgidas de la Revolución; las Patrullas de Control. Ellos eran la creación de los trabajadores mismos. En ellos y en los Comités de Defensa integrados por hombres de la organización obrera, estaba la más formidable garantía para el pueblo.

Ahora, ante la solución dada al problema de orden público, ante un hecho consumado más, creemos que deben los camaradas proceder con la mayor cautela, evitando lamentables violencias, y los que están al frente del gobierno, por su parte, han de tener sumo cuidado en no utilizar una rigidez tal en sus pasos que haga reaccionar, en defensa de sus derechos y llevados por sus más sinceras ansias libertarias, a las organizaciones que reciben este decreto con una desconfianza lógica que sólo puede disiparse rectificando de inmediato todo cuanto sea origen de discordias y de desavenencias.

Nosotros manifestamos que sólo una amplia visión en los que están llamados a llevar a cabo las disposiciones del decreto, puede quitar a la fuerza pública que se crea los caracteres que jamás aceptarán los hombres de la F. A. I.

Quites sin temor cuanto choque con las aspiraciones revolucionarias del pueblo. Controlen con celo cuanto se haga. Los decretos oficiales están distinguiéndose de un tiempo a esta parte por algo común que cercena las conquistas revolucionarias, que desplaza a fuerzas proletarias de defensa revolucionaria, que hace moverse dentro de los frentes articulados de leyes y de reglamentos, a los que estamos forzados a mantener una colaboración estrecha con los sectores políticos. No desconocemos la gravedad que entraña un exceso de dirección gubernamental, puesto que asoman por ahí quienes juegan con ese crecimiento de poderes sus cartas políticas, a despecho de manifestaciones de lealtad y de unidad que se repiten mientras se obra en sentido contrario.

Ahora que se ha dado un nuevo decreto que debe rectificarse sin pérdida de tiempo, nosotros afirmamos que la defensa más segura, la menos incómoda, la mejor y la más efectiva, para que la guerra se gane y para que la Revolución no se desvíe de su curso, está en las organizaciones que permanecen en pie con todo su espíritu revolucionario: LOS SINDICATOS OBREROS.

Nuestro deber es este: VIVIR, ACTUAR, VIGORIZAR LA ACCIÓN EN LOS SINDICATOS Y DESDE LOS SINDICATOS, HACER RESPETAR LA SOBERANA VOLUNTAD DEL PROLETARIADO REVOLUCIONARIO.



La voz de las trincheras es una necesidad y un deber en la retaguardia: ¡C. N. T. - U. G. T.! Las manos que en Madrid grabaron las seis letras de la alianza revolucionaria, son—recordadlo siempre, proletarios—las mismas que salvan a la capital heroica.

¡Obreros y campesinos! ¡Realizad la unión para la victoria!

Todos los frentes, un mismo campo de acción antifascista

En una guerra como la que hace ocho meses sostiene el pueblo español, no pueden desglosarse los frentes de lucha, señalarse preferencias, descuidarse unos u otros, porque una misma necesidad obliga a dar batalla y vencer, adelantando posiciones, conquistando ventajas, prisionando al enemigo, en una inteligente y coordinada acción, preparada con toda la previsión necesaria.

De ahí nuestra prédica a favor del mando único, que es la coordinación y la inteligencia en la marcha de las operaciones de guerra.

Para nosotros, Madrid, la admirable capital que se bate contra un enemigo potente que se estrella en sus puertas y nutre sus cuadros con tropas de todos los países fascistas, reclama la solidaridad máxima y la atención más seria, por elementales razones de orden moral y militar que nadie desconoce.

Pero sería ingenuidad imperdonable que se pierdan de vista los otros frentes, como los de Aragón, como los de las costas mediterráneas, como los de Asturias o Viscaya. Todos están en un mismo conjunto que debe ser atendido, previsto; y a todos debe prestarse los elementos adecuados. Es preciso realizar cuanto sea posible en fortificaciones, en refuerzos, con el mismo propósito de aplastar al enemigo.

¡TRABAJAR A CONCIENCIA!

Todas las guerras impusieron a los pueblos sacrificios. A la serie de horrores de los frentes de batalla se sumaron los sufrimientos de las poblaciones civiles, castigadas por la penuria y por el hambre. Sólo que ahora nosotros—combatientes y retaguardia—formamos una misma cosa, luchamos y sentimos necesidad de vencer, moridos por un mismo ideal: la libertad. Debemos exigirnos a nosotros mismos actitudes dignas de la causa que está en juego en la guerra revolucionaria que sostenemos.

Una cuestión vital para sostener la lucha y triunfar, es el trabajo a máximo rendimiento en todas aquellas labores que prestan utilidad en las actuales circunstancias.

De nada servirá el sacrificio enorme de nuestros camaradas que se batan en las trincheras si un mismo ritmo en la acción responsable no responde en la retaguardia a las exigencias de la guerra en lo que respecta al aprovisionamiento, tanto de los frentes como de la población de toda la zona libre del fascismo.

Lo único que salva las situaciones difíciles es el trabajo hecho con plena conciencia revolucionaria. El obrero, el campesino, el técnico, que comprenden la trascendencia de la lucha que sostiene el pueblo ibérico, no precisan ser convencidos. Trabajan con todas las energías, con toda la inteligencia que encierran sus músculos y cerebros. Son los forjadores de la victoria. Ponem por encima de todo, la voluntad de acero que supera cualquier obstáculo. Descubren en sí mismos nuevos filones y los explotan con entusiasmo para que contribuyan más y más a elevar el rendimiento en la gigantesca tarea del proletariado.

Y en campos, en fábricas y talleres, en cualquier lugar de trabajo, hace falta, más que discursos y declaraciones, infiltrar la fe en el propio esfuerzo, destruyendo, cuanto lo que cueste, los venenos de la discordia, del egoísmo, de la política fascista y llenando los corazones de un mismo anhelo de servir a la causa común de los trabajadores revolucionarios.

Trabaja a conciencia. No esperes, reunida en la sístesis de todos los acuerdos y todas las consignas, cómo se ha de ganar la guerra, cómo se ha de hacer victoriosa la Revolución. ¡Trabaja a conciencia!

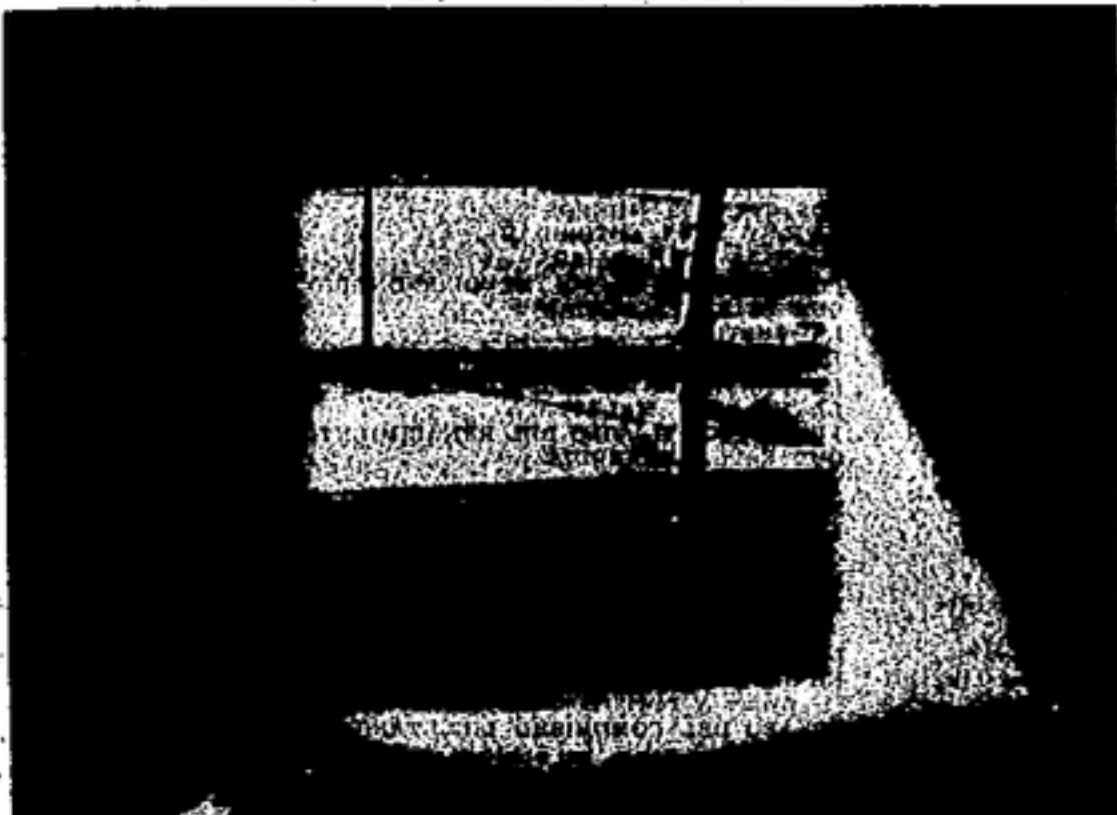
24 HORAS SON POCAS

TENEMOS QUE COSTEAR LA GUERRA. TENEMOS QUE CREAR ELEMENTOS DE GUERRA. TENEMOS QUE APROVISIONAR LOS FRENTES. TENEMOS QUE PROVEER A LA RETAGUARDIA. TENEMOS QUE HACER LA GUERRA AL MISMO TIEMPO QUE TRABAJAMOS A TODO VAPOR PARA QUE PROSIGA, PARA QUE TRIUNFEMOS.

¡QUE HACER PARA SATISFACER LAS DEMANDAS FABULOSAS DEL PRESUPUESTO DE GUERRA Y LAS NECESIDADES DE MILLONES DE HABITANTES IMPRODUCTIVOS? ¡QUE HACER PARA TRIUNFAR EN LA GUERRA, A PESAR DEL BLOQUEO INTERNACIONAL Y DE LA ESCASEZ DE MATERIAS PRIMAS Y DIVISAS? ¡TRABAJAR! ¡TRABAJAR Y TRABAJAR! ¡ARRANCAR A LA TIERRA TODAS SUS RIQUEZAS. EXTRAER DE SUS ENTRERAS TODAS LAS MATERIAS DE VALOR.

CAPTAR DE LOS TORRENTES TODAS SUS ENERGIAS. FECUNDAR LOS SURCOS Y DAR ABO-NOS A LA TIERRA. TRABAJAR NOCHE Y DIA EN INDUSTRIAS DE GUERRA. PRODUCIR SUSTITUTIVOS DE LA MATERIA PRIMA. HACER SÓLO TRABAJO DE UTILIDAD, DESPLAZANDO BRAZOS AL CAMPO. DEDICAR A LOS OBREROS INACTIVOS A LAS FORTIFICACIONES. HACER JORNADAS POR TURNOS DON-DE SEA NECESARIO. TRABAJAR SEGUN EXIGENCIAS DE LA GUERRA, ANTE TODO. PRODUCIR LO MAXIMO CON EL MENOR GASTO POSIBLE.

PARA ESTA OBRA, PROLETARIOS CAMPESINOS, OBREROS, TECNICOS, 24 HORAS SON POCAS. ¡LA SALVACION ESTA EN NOSOTROS MISMOS! ¡TRABAJAR! ¡TRABAJAR Y TRABAJAR!...



Un enemigo menos yase próximo a una avanzadilla de la Ciudad Universitaria.